

Muller ya conocía bastante bien el laberinto. Entendía sus asechanzas y sus engaños, sus obstáculos, sus trampas mortales. Había vivido allí nueve años, y había sido tiempo suficiente para aceptarlo, aunque no para asumir la situación que lo había empujado a refugiarse allí.

Todavía se movía con cautela. Tres o cuatro veces había comprobado que su conocimiento del laberinto, aunque adecuado y con un fundamento empírico, no era completo. Al menos una vez había estado a punto de ser liquidado y, por un increíble golpe de suerte, había logrado retroceder justo cuando, de manera inesperada, un chorro de energía lanzó un flujo de potencia bruta que se cruzó en su camino. Muller había creado un mapa para ubicar ese chorro y cincuenta más, pero mientras se movía por la ciudad laberinto, sabía que nada le garantizaba que no fuera a encontrarse con otro que aún no hubiera localizado.

Arriba, el cielo se estaba oscureciendo; el verde profundo e intenso de media tarde daba paso al negro de la noche. Muller hizo una pausa en su cacería para observar la formación de las estrellas. Hasta eso se estaba volviendo ya familiar. Había escogido sus propias constelaciones en ese mundo desolado, escudriñando los cielos en busca de conjuntos

resplandecientes que se ajustaran a su gusto particularmente duro y amargo. Iban apareciendo: la Daga, la Espalda, el Astil, el Mono, el Sapo. En la frente del Mono parpadeaba la pequeña e insignificante estrella que a Muller le parecía que era el Sol de la Tierra. No estaba seguro, pues tras el aterrizaje había destruido el recipiente donde guardaba los mapas, pero por alguna razón se sentía inclinado a pensar que esa nimia bola de fuego debía de ser el Sol. El mismo débil astro formaba el ojo izquierdo del Sapo. Había momentos en los que Muller se decía que el Sol no resultaría visible en el cielo de un mundo que situado a noventa años luz de la Tierra, pero otras veces se mostraba bastante convencido de ello. Más allá del Sapo se hallaba la constelación que él había bautizado con el nombre de Libra, la Balanza. Por supuesto, esa balanza estaba bastante desequilibrada.

Tres lunas pequeñas brillaban en el cielo. El aire estaba enrarecido, aunque era respirable; hacía tiempo que Muller había dejado de notar que contenía demasiado nitrógeno y poco oxígeno. También le faltaba un poco de dióxido de carbono, y una de las consecuencias era que apenas bostezaba. Eso no le preocupaba. Agarrando con fuerza la culata de su pistola, recorría lentamente la ciudad alienígena, en busca de su cena. Eso también formaba parte de su rutina diaria. Tenía víveres para seis meses almacenados en un arcón a prueba de radiaciones, emplazado a quinientos metros de distancia, pero aun así cada noche salía de caza para poder reponer inmediatamente lo que retiraba de su escondrijo. Era un modo de matar el tiempo. Y necesitaba que el escondrijo estuviera lleno para cuando llegara el día en el que el laberinto lo dejara lisiado o con parálisis. Con su aguda vista exploró las calles en cuesta que tenía delante. A su alrededor se levantaban los muros, las pantallas, las trampas y los espejismos del laberinto dentro del que vivía. Respiró

hondo. Apoyaba cada pie con firmeza antes de levantar el otro. Miraba en todas las direcciones. La luz de las tres lunas analizaba y diseccionaba su sombra, dividiéndola en imágenes reduplicadas, que bailaban y se extendían delante de él.

El espectrómetro de masas que llevaba enganchado a su oreja izquierda emitió un sonido agudo. Muller lo interpretó como que había captado la emisión de energía térmica de un animal que pesaba entre cincuenta y cien kilos. El espectrómetro estaba programado para explorar en tres niveles, de los cuales este era el intermedio: el de los animales comestibles. El aparato también informaba de la proximidad de criaturas de entre diez y veinte kilos (los animales dentados) y de las irradiaciones de bestias de más de quinientos kilos (los animales de gran tamaño). Los más pequeños tenían la manía de echarse rápidamente al cuello, y los grandes podían aplastarte al primer descuido; Muller cazaba los de tamaño medio y evitaba los demás.

Estaba agachado, con el arma preparada. Los animales que deambulaban por el laberinto, en Lemnos, se podían cazar sin necesidad de artimañas; se vigilaban mutuamente, pero a pesar del tiempo que Muller llevaba allí, no habían aprendido que él era un depredador. Al parecer, hacía millones de años que una forma de vida inteligente no cazaba en ese planeta, y Muller había estado matándolos todas las noches sin enseñarles nada acerca de la naturaleza de los hombres. Su única preocupación durante la cacería era atacar desde un lugar seguro y previamente inspeccionado para que, cuando estuviera concentrado en su presa, no fuera víctima de otra criatura más peligrosa. Con una pica que había montado en el tacón de su bota izquierda exploró la pared que tenía detrás de él, para asegurarse de que no se iba a abrir y a tragárselo. Era sólida. Bien. Muller retrocedió lentamente hasta que su espalda tocó la fría y pulida piedra. Apoyó la

rodilla izquierda en el suelo, que era ligeramente flexible. Apuntó. Se encontraba a salvo. Podía esperar. Pasaron unos tres minutos. El espectrómetro de masas continuó sonando, indicio de que el animal se hallaba dentro de un radio de cien metros; el tono subía ligeramente por momentos cuando la emisión de energía térmica se hacía más fuerte. Muller no tenía prisa. Estaba en un lado de una enorme plaza rodeada de vítreos tabiques curvos, y cualquier cosa que saliera de aquellas brillantes medialunas sería un tiro fácil. Muller cazaba esa noche en la zona E del laberinto, el quinto sector desde el centro y uno de los más peligrosos. Casi nunca pasaba de la zona D, relativamente inofensiva, pero esa tarde se sentía temerario y eso lo había empujado a entrar en E. Desde que había conseguido entrar en el laberinto nunca se había arriesgado a volver a G o a H, y había llegado a F solo en dos ocasiones. Visitaba E unas cinco veces al año.

A su derecha, aparecieron las líneas convergentes de una sombra, que sobresalía de una de las vítreas paredes curvas. El silbido del espectrómetro de masas llegó al punto más alto del espectro tonal para un animal de su tamaño. La luna más pequeña, Átropos, que oscilaba vertiginosamente en el cielo, cambió la forma de la sombra; las líneas ya no convergían: ahora una línea negra atravesaba a las otras dos. Muller sabía que era la sombra de un hocico. Un instante después vio a su víctima. El animal tenía las dimensiones de un perro grande, de morro gris y cuerpo leonado, jorobado, feo y terriblemente carnívoro. Durante sus primeros años allí, Muller había evitado cazar carnívoros, pensando que su carne no sería sabrosa. Había preferido ir tras los equivalentes locales a las vacas y ovejas (apacibles unguados que vagaban alegremente por el laberinto, paciendo en las zonas ajardinadas). Cuando se aburrió de su insípida carne

fue tras una de esas criaturas con colmillos y garras que se alimentaban de los herbívoros, y, para su sorpresa, la carne era magnífica. Observó la entrada del animal en la plaza y cómo movía nerviosamente su largo hocico. Muller, desde donde estaba agachado, oía que olfateaba, pero el olor de un hombre no significaba nada para la bestia.

Con seguridad y jactancia, el carnívoro cruzó el lustroso pavimento de la plaza, arañando el suelo con sus garras al avanzar. Muller ajustó su rayo hasta que tuvo el grosor de una aguja y apuntó cuidadosamente, primero a la giba y después a los cuartos traseros. El arma respondía cuando la presa estaba cerca y disparaba automáticamente, pero Muller siempre la ponía en manual. La pistola y él tenían objetivos diferentes: el arma se ocupaba de matar, y Muller de comer; y era más fácil apuntar de forma manual que tratar de convencer al arma de que atravesar con un rayo la tierna y jugosa joroba le privaría del trozo más sabroso. La pistola, buscando el blanco más simple, incidiría la giba hasta llegar al espinazo y derribaría a la bestia. Muller prefería ser más delicado.

Eligió un blanco situado a unos quince centímetros de la corcova: el punto donde el espinazo entraba en el cráneo. Un disparo fue suficiente. El animal se desplomó pesadamente. Muller fue hacia él tan rápido como la prudencia le permitía, cuidando cada paso que daba. Apresuradamente se deshizo de lo superfluo (extremidades, cabeza, estómago) y aplicó con atomizador un precinto alrededor del trozo de carne que cortó de la corcova. También extrajo un buen filete de los cuartos traseros y se echó los dos paquetes a la espalda. Después giró sobre sus talones para encontrar el zigzagueante camino que era la única entrada segura al centro del laberinto. En menos de una hora podía estar de vuelta en su guarida en el corazón de la zona A.

Había atravesado la mitad de la plaza cuando oyó un ruido que no le resultaba familiar.

Se detuvo y miró hacia atrás. Tres pequeñas y ágiles criaturas se acercaban a lo que quedaba del cuerpo del animal que había dejado atrás. Pero no era el sonido de los carroñeros lo que le extrañaba. ¿Estaría el laberinto preparando otra nueva maldad? Había sido un ruido sordo solapado por una vibración fuerte y grave de frecuencia media; demasiado prolongado para ser el rugido de uno de los animales grandes. Se trataba de un sonido que Muller no había oído antes, al menos allí. Fue detectado en alguna parte dentro de sus bancos de memoria. Buscó. El sonido le resultaba familiar. Ese doble estruendo, que se alejaba lentamente... ¿qué era?

Estableció su posición. El sonido le había llegado por encima de su hombro derecho, o así le pareció a él. Muller miró en esa dirección y solo vio la triple cascada de la pared secundaria del laberinto, centelleantes hileras ámbar que se elevaban unas sobre otras. ¿Encima de esa pared? Vio el cielo iluminado por las estrellas: el Mono, el Sapo, la Balanza.

Muller recordó el sonido.

Una nave; una nave interestelar que pasaba de la propulsión por curvatura a la iónica para efectuar un aterrizaje planetario. El estruendo de los expulsos, la vibración de los tubos de desaceleración al sobrevolar esta la ciudad. Era un sonido que no escuchaba desde hacía nueve años, desde que había comenzado su autoexilio en Lemnos. Así que llegaban visitantes. ¿Serían intrusos ocasionales o lo habían localizado? ¿Qué querían? Estaba indignado. Harto de ellos y de su mundo. ¿Por qué tenían que molestarlo? Muller cruzó los brazos de manera hostil, con las piernas separadas, mientras una parte de su mente buscaba, como siempre, peligros, a la vez que miraba furioso hacia el lugar en el que probablemente iría a aterrizar la nave. No quería

saber nada de la Tierra ni de los terrícolas. Miró con el ceño fruncido el débil punto de luz que había en el ojo del Sapo, en la frente del Mono.

Determinó que no llegarían hasta él.

Morirían en el laberinto y sus huesos se unirían a los túmulos óseos de millones de años de antigüedad que ocupaban los pasillos exteriores.

Y si conseguían entrar, como había hecho él...

Bueno, entonces tendrían que lidiar con él, y eso no les iba a resultar agradable. Muller sonrió forzosamente, se colocó bien la carne que llevaba a la espalda y volvió a concentrar toda su atención en adentrarse en el laberinto. Pronto estuvo a salvo en la zona C. Llegó a su guarida. Guardó la carne. Preparó la cena. Sentía cómo el dolor le martilleaba el cráneo. Tras nueve años, ya no estaba solo en ese mundo. Habían mancillado su soledad. Una vez más, Muller se sintió traicionado. Lo único que quería de la Tierra era intimidad, y ni siquiera eso le podía dar. Pero sufrirían si conseguían localizarlo dentro del laberinto. Si y solo si.

2

La nave había salido de la propulsión por curvatura ligeramente tarde, casi en los límites de la atmósfera de Lemnos. A Charles Boardman no le gustó nada eso. Exigía de sí mismo el mayor nivel de rendimiento posible y esperaba lo mismo de quienes lo rodeaban, sobre todo de los pilotos.

Boardman ocultó su enfado, y encendió la pantalla. En la pared de la cabina apareció una nítida imagen del planeta que tenían debajo. Apenas algunas nubes envolvían su superficie, y podía ver claramente a través de su atmósfera. En medio de una vasta llanura se veía una serie de ondu-

laciones perfiladas con claridad, incluso a cien kilómetros de altura. Boardman se volvió hacia el joven que estaba a su lado y dijo:

—Ahí lo tienes, Ned. El laberinto de Lemnos. ¡Y Dick Muller dentro de él!

Ned Rawlins frunció los labios.

—¿Es así de grande? ¡Debe de tener cientos de kilómetros de ancho!

—Lo que ves ahora son los terraplenes exteriores. El laberinto está rodeado por un anillo concéntrico de muros de tierra de cinco metros de altura y mil kilómetros de circunferencia exterior. Pero...

—Sí, lo sé —interrumpió Rawlins, y casi inmediatamente se puso colorado, con esa atractiva inocencia que a Boardman le resultaba tan encantadora y de la que pronto intentaría aprovecharse—. Lo siento, Charles, no quería interrumpirte.

—No pasa nada. ¿Qué querías preguntarme?

—Esa mancha oscura dentro de los muros exteriores... ¿es la ciudad?

Boardman asintió.

—Es el laberinto interior. De veinte o treinta kilómetros de diámetro... y solo Dios sabe cuántos millones de años tendrá. Ahí es donde encontraremos a Muller.

—Si podemos entrar.

—Cuando entremos.

—Sí, sí, por supuesto. Cuando entremos —se corrigió Rawlins, y se ruborizó de nuevo. Le dedicó una sonrisa breve y sincera—. No se contempla la posibilidad de que no encontremos la entrada, ¿verdad?

—Muller la encontró —dijo Boardman en voz baja—. Él está dentro.

—Pero fue el primero que entró. Todos los que lo intentaron después fracasaron. ¿Por qué íbamos nosotros a...?

—No fueron muchos los que lo intentaron —repuso Boardman—. Y los que sí lo hicieron no contaban con el equipo adecuado para tal empresa. Lo lograremos, Ned. Lo lograremos. Tenemos que conseguirlo. Ahora relájate y disfruta del aterrizaje.

La nave giró hacia el planeta; iba demasiado deprisa, pensó Boardman, agobiado por la presión de la desaceleración. Odiaba viajar y, más que nada, aterrizar. Pero este era un viaje que no pudo rechazar. Se reclinó sobre el asiento de espuma y desconectó la pantalla. Ned Rawlins seguía de pie, y sus ojos brillaban de emoción. *Qué maravilloso es ser joven*, pensó Boardman, sin saber si quería ser sarcástico o no. No había duda de que el chico era fuerte y saludable... y más inteligente de lo que parecía a veces. Un mozalbete prometedor, como hubieran dicho siglos atrás. Boardman no recordaba haber sido así de joven. Tenía la sensación de haber estado siempre al borde de la madurez: era astuto, calculador, precavido. Ahora tenía ochenta años, había dejado atrás casi la mitad de su vida, y aun así, tras una autovaloración honesta, no le parecía que su personalidad hubiera cambiado de forma sustancial desde que había cumplido los veinte años. Había aprendido algunas técnicas, el oficio de dirigir hombres; era más sabio, pero no se sentía cualitativamente diferente. Aunque el joven Ned Rawlins, dentro de unos sesenta años, se convertiría totalmente en otra persona, y quedaría muy poco del imberbe que estaba en el asiento contiguo. Se temía que esa misión iba a ser lo que despojase a Ned de su inocencia.

Boardman cerró los ojos mientras la nave realizaba las maniobras finales para el aterrizaje. Sintió que la gravedad arañaba sus envejecidas carnes. Bajando. Bajando. Bajando. En cuántos planetas había aterrizado, y cómo había odiado cada uno de esos descensos. La vida diplomática era muy agitada.

Navidad en Marte, Pascua en uno de los mundos centauros, la fiesta de mediados de año celebrada en un hediondo planeta de Rigel... y ahora este viaje, el más complejo de todos. *El hombre no está hecho para volar de una estrella a otra*, pensó Boardman. *Ya no sé qué es el universo. Dicen que este es el período más rico de la existencia humana, pero creo que un hombre puede ser más rico si conoce cada partícula de una isla de arena dorada en un mar azul que si dedica sus días a viajar entre mundos.*

Sabía que su rostro se distorsionaría por la fuerza de la gravedad de Lemnos cuando la nave descendiera hacia el planeta. Le surgieron unos abultamientos alrededor del cuello y bolsas adicionales de carne por todo el cuerpo, que le conferían un aspecto blando y de criatura glotona. Con poco esfuerzo, Boardman podría haber adquirido el esbelto aspecto y la impecable apariencia tan de moda entre los hombres del momento; era una época en la que los de ciento veinticinco años podían mostrar el aspecto de un mozuelo si querían. Al comienzo de su carrera, había optado por simular un envejecimiento realista. Lo consideraba una inversión: lo que perdía en elegancia lo ganaba en estatus. Se dedicaba a ofrecer asesoramiento a los gobiernos, y estos preferían no aceptarlo de hombres que parecieran niños. Él llevaba los últimos cuarenta años representando cincuenta y cinco, y esperaba conservar ese aspecto de hombre maduro, fuerte y vigoroso durante al menos otros cincuenta años. Después, permitiría que el tiempo pasara por él cuando entrara en la última etapa de su carrera. Se dejaría el pelo blanco y las mejillas hundidas de un hombre de ochenta años, y se parecería más a Néstor que a Ulises. Por el momento, le resultaba útil profesionalmente parecer ligeramente bajo de forma.

Era un hombre bajo, aunque tan fornido que dominaba fácilmente a cualquier grupo en la mesa de negociaciones.

Sus poderosos hombros, su ancho pecho y sus largos brazos eran más propios de un gigante. De pie, Boardman era de estatura inferior a la media, pero sentado imponía. También consideraba ese rasgo útil y nunca había considerado cambiarlo. Un hombre demasiado alto está mejor adaptado a dar órdenes que a aconsejar y él nunca había querido mandar; prefería un ejercicio del poder más sutil. Pero un hombre bajo que parece alto cuando se sienta frente a una mesa puede controlar imperios. El negocio de los imperios se lleva a cabo sentado.

Su aspecto emanaba autoridad. Su mentón era fuerte; su nariz gruesa, chata y con personalidad; sus labios firmes y sensuales al mismo tiempo; sus cejas inmensas y desgredñadas, dos líneas negras que surgían de una frente enorme que podría haber sobrecogido a un neandertal. Tenía el pelo largo y grueso. Tres anillos brillaban en sus dedos: uno era un giroscopio de platino y rubíes con incrustaciones mate de uranio 238. Su gusto al vestir era serio y conservador, y se podía permitir llevar telas gruesas con cortes casi medievales. En otras épocas podría haber pasado por un cardenal con mundo o por un primer ministro ambicioso; habría sido un hombre importante en cualquier corte de cualquier período. De hecho, ahora era importante. Aunque el precio de su importancia era la turbación de los viajes. Pronto aterrizaría en otro planeta extraño, donde el aire tendría un olor raro, la gravedad sería algo más fuerte y el color del sol no sería el normal. Boardman frunció el ceño. ¿Cuánto faltaría para aterrizar?

Miró a Ned Rawlins. De unos veintidós o veintitrés años, era el vivo retrato de la ingenua juventud, aunque Boardman sabía que Ned era lo suficientemente mayor como para haber aprendido más de lo que aparentaba. Alto, de belleza clásica y sin la ayuda de la cirugía estética, de pelo rubio,

ojos azules, labios gruesos y expresivos, dentadura perfecta. Era el hijo de un teórico de la comunicación, ya fallecido, que había sido uno de los amigos íntimos de Richard Muller. Boardman contaba con ese vínculo para llegar lejos en las delicadas negociaciones que les esperaban.

—¿Estás incómodo, Charles? —preguntó Rawlins.

—Sobreviviré. Enseguida llegamos.

—El aterrizaje parece interminable, ¿verdad?

—Un minuto más —dijo Boardman.

La cara del muchacho apenas estaba sufriendo la acción de las fuerzas que actuaban sobre ellos. Lo único era que su mejilla izquierda se estiraba ligeramente hacia abajo. Resultaba extraño ver una expresión de desprecio en su reluciente rostro.

—Allá vamos —murmuró Boardman, y volvió a cerrar los ojos.

La nave recorrió el último espacio que la separaba del suelo. Los expulsores se pararon, los tubos de desaceleración gruñeron por última vez. Llegó el último y difícil momento de incertidumbre; después la estabilidad, los anclajes para el aterrizaje firmemente sujetos, y el rugido del descenso silenciado. *Ya estamos aquí, pensó. Ahora, a por el laberinto. A por el señor Richard Muller. A ver si en estos nueve años se ha convertido en algo menos horrible. Quizá ya sea como todo el mundo. Si es así,* se dijo Boardman, *que Dios nos ampare.*

3

Ned Rawlins no había viajado mucho. Solo había visitado cinco mundos, y tres de ellos estaban dentro del sistema solar. Cuando tenía diez años, su padre lo había llevado a

veranear a Marte. Dos años más tarde había visitado Venus y Mercurio. Como regalo de graduación, a los dieciséis años había realizado un viaje extrasolar a Alfa Centauri IV y, tres años después, había hecho el triste viaje al sistema Rigel para traer a casa el cadáver de su padre después del accidente.

Rawlins sabía que no habían sido tantos viajes, si se tenía en cuenta que estaban en una época en la que con la propulsión por curvatura el hecho de viajar a un grupo de estrellas no era más difícil que ir de Europa a Australia. Pero tendría tiempo de hacer excursiones más adelante, cuando empezaran a asignarle misiones diplomáticas. De todos modos, según Charles Boardman, los placeres del viaje perdían su interés rápidamente, e ir de un lado a otro por el universo se convertía en un trabajo más. Rawlins disculpaba la actitud hastiada de un hombre que casi le cuadruplicaba la edad, pero sospechaba que no mentía.

Dejaría que le llegara el hastío. Ahora, Ned Rawlins caminaba por un mundo alienígena por sexta vez en su vida, y le encantaba. La nave estaba atracada en la gran llanura que rodeaba el laberinto de Muller; los terraplenes exteriores del laberinto en sí estaban a cien kilómetros al sudeste. Era medianoche en esa parte de Lemnos. El planeta tenía días de treinta horas y un año de veinte meses; el otoño estaba comenzando en ese hemisferio y el aire era frío. Rawlins se alejó de la nave. La tripulación estaba descargando los extrusores que servirían para construir el campamento. Charles Boardman estaba a un lado, envuelto en una gruesa prenda de pieles y con una expresión tan reflexiva que Rawlins no se atrevió a acercarse. La actitud del joven hacia Boardman era una mezcla de asombro y temor. Sabía que era un cínico cabrón, pero, pese a eso, era imposible no sentir admiración por él. Rawlins sabía que Boardman era un auténtico pro-hombre. Aunque no había conocido a muchos. Puede que su

padre hubiera sido uno. Dick Muller había sido otro, pero, por supuesto, Rawlins solo tenía unos doce años cuando Muller se metió en el horrible lío que destrozó su vida. Bueno, haber conocido en su corta vida a tres hombres de esa importancia era un privilegio, se dijo Rawlins. Deseó que su propia carrera fuera la mitad de impresionante que la de Boardman. Por supuesto, no tenía su astucia, y esperaba no tenerla nunca. Pero poseía otras características (una nobleza del alma, en cierto modo) que Boardman no tenía. *Puedo ser útil a mi manera*, pensó, y luego se preguntó si no sería esa una ingenua esperanza.

Llenó sus pulmones con el aire extraterrestre. Se quedó mirando a un cielo plagado de estrellas desconocidas y en vano buscó alguna forma familiar. Un viento glacial atravesó la llanura. El planeta parecía abandonado, desolado, vacío. Había leído acerca de Lemnos en el colegio: era uno de los antiguos planetas abandonados por una raza alienígena desconocida, y que llevaba mil siglos desierto. Nada quedaba de sus habitantes, salvo huesos fosilizados y trozos de máquinas... y el laberinto. Su mortífero laberinto cercaba una ciudad de los muertos apenas afectada por el paso del tiempo.

Los arqueólogos habían explorado la metrópoli desde el aire por medio de sensores, y habían sentido la frustración de no poder entrar en ella sin sufrir percance alguno. Las primeras doce expediciones que fueron a Lemnos no habían podido entrar en el laberinto; todos los hombres que lo habían intentado habían muerto víctimas de las trampas ocultas que tan inteligentemente habían sido colocadas en las zonas exteriores. El último intento se había hecho unos cincuenta años atrás. Después había llegado allí Richard Muller, en busca de un lugar donde ocultarse de la humanidad, y, de algún modo, había encontrado el camino.

Rawlins se preguntó si lograrían ponerse en contacto con él y cuántos de los hombres con los que viajaba morirían antes de entrar en el laberinto. No se planteó la posibilidad de su propio fallecimiento. A su edad, la muerte era todavía algo que les ocurría a los demás. Pero algunos de los hombres que ahora levantaban el campamento estarían muertos en unos días.

Mientras pensaba en esto, apareció un animal, que salió silenciosamente de detrás de un montículo arenoso cerca de donde se encontraba él. Rawlins miró a la bestia extraterrestre con curiosidad.

Se parecía un poco a un gato de gran tamaño, pero sus garras no se retraían y su boca estaba llena de colmillos de color verdoso. Unas rayas luminosas le daban a sus flacos ijares un tono chillón. Rawlins no veía la utilidad que tenía para un depredador una piel brillante, salvo que utilizara el brillo como una especie de cebo.

El animal se hallaba a unos doce metros de Rawlins, y lo miró sin mostrar un interés real, y después se giró con elegancia y se dirigió al trote hacia la nave. La combinación de belleza extraña, poder y amenaza que poseía el animal resultaba atractiva.

Ahora se aproximaba a Boardman. Y este estaba sacando un arma.

—¡No! —se oyó gritar a Rawlins—. ¡No lo mates, Charles! ¡Solo quiere mirarnos!...

Boardman disparó.

El animal saltó, convulsionándose en el aire, y cayó de espaldas con las patas extendidas. Rawlins se acercó corriendo, conmocionado. *No había necesidad de matarlo*, pensó él. *La criatura solo nos estaba reconociendo. ¡Qué indecencia!*

—¿No podías haber esperado un minuto, Charles? —le espetó—. ¡A lo mejor se habría ido sin más! ¿Por qué...?

Boardman sonrió. Llamó con señas a un miembro de la tripulación, que roció al animal con un espray. El animal se agitó confundido cuando el hombre se lo llevó a la nave.

—Solo lo he aturdirlo, Ned —le dijo Boardman en voz baja—. El zoológico federal nos va a pagar parte de los gastos de este viaje. ¿Creías que era de los que disparan a la mínima?

Rawlins, de repente, se sintió muy pequeño y ridículo.

—Bueno... la verdad es que no. Quiero decir...

—Olvídalo. Mejor no, no lo olvides. No olvides nada. Que te sirva de lección: reúne toda la información antes de gritar tonterías.

—Pero si hubiera esperado, y en verdad lo hubieras matado...

—Entonces habrías aprendido algo feo acerca de mí a costa de la vida de un animal. Habrías sabido que ante cualquier cosa extraña con dientes afilados me convierto en un asesino. En cambio, tú lo único que hiciste fue mucho ruido. Si hubiera querido matarlo, no habría cambiado de propósito con tu grito. Podría no haberle acertado, eso es todo, y me podría haber quedado a merced de un animal herido y furioso. De modo que espera el momento adecuado, Ned. Analiza. A veces es mejor dejar que algo suceda que jugar tus cartas demasiado rápido.

Boardman guiñó un ojo.

—¿Te estoy ofendiendo, Ned? ¿Estoy haciendo que te sientas como un idiota con mi pequeño sermón?

—Claro que no, Charles. No voy a pretender saberlo todo.

—¿Y estás dispuesto a aprender de mí, aunque sea un canalla exasperante?

—Charles, yo...

—Lo siento, Ned. No debería tomarte el pelo. Hiciste bien en intentar impedir que matara a ese animal. No fue culpa

tuya que no comprendieras lo que estaba haciendo. En tu lugar, habría hecho exactamente lo mismo.

—¿Quieres decir que no tenía que haber esperado el momento adecuado ni reunido toda la información cuando sacaste la pistola paralizante? —preguntó Rawlins, perplejo.

—Es posible que no.

—Te estás contradiciendo, Charles.

—Tengo el privilegio de ser inconsecuente —respondió Boardman—. Forma parte de mi repertorio.

Se rió con ganas.

—Duerme bien esta noche. Mañana volaremos sobre el laberinto y trazaremos un pequeño mapa de él; después empezaremos a enviar hombres. Me imagino que en menos de una semana estaremos hablando con Muller.

—¿Crees que estará dispuesto a cooperar?

Los toscos rasgos de Boardman se ensombrecieron.

—Al principio, no. Estará tan lleno de amargura que escupirá veneno. Después de todo, somos nosotros quienes lo desterramos. ¿Por qué iba a querer ayudar a la Tierra ahora? Pero se dejará convencer, Ned, porque básicamente es un hombre de honor y eso es algo que no cambia, por muy enfermo, solitario y angustiado que esté. Ni siquiera el odio puede corromper el honor auténtico. Tú lo sabes, Ned, porque tú eres de esa clase de personas. Hasta yo, a mí manera. Un hombre de honor. Tratemos de persuadirlo. Conseguiremos sacarlo de ese maldito laberinto y que nos ayude.

—Espero que estés en lo cierto, Charles. —Rawlins dudó—. Y ¿cómo será para nosotros el cara a cara con él? Quiero decir, teniendo en cuenta su enfermedad... la forma en la que él afecta a los demás...

—Será desagradable. Muy desagradable.

—Lo viste, ¿verdad?, después de que le pasara.

—Sí. Muchas veces.

—En realidad no puedo imaginar cómo es hallarse cerca de un hombre y sentir cómo toda su alma te inunda —confesó Rawlins—. Eso es lo que sucede cuando uno está con Muller, ¿verdad?

—Es como entrar en un baño de ácido —explicó Boardman con gran pesar—. Te puedes acostumbrar, pero nunca te va a gustar. Sientes que el fuego te recorre toda la piel. La fealdad, el terror, la avaricia, la enfermedad... brotan de él como si fuera un manantial de porquería.

—Y Muller es un hombre de honor... un hombre decente.

—Lo era, sí.—Boardman miró hacia el lejano laberinto—. Gracias a Dios. Pero da que pensar, ¿verdad, Ned? Si un hombre de primera clase como Dick Muller tiene toda esa basura en su cerebro, ¿qué pasará con la gente normal? ¿Con la gente oprimida que vive vidas oprimidas? Si sufrieran la misma maldición que Muller serían como almenaras que quemarían cualquier mente a años luz de distancia.

—Pero Muller ha tenido nueve años para rumiar su desgracia —dijo Rawlins—. ¿Y si ahora es imposible acercarse a él? ¿Y si lo que irradia es tan fuerte que nos resultará imposible soportarlo?

—Lo soportaremos —le respondió Boardman.